

## Crónicas de la España negra

JAVIER CERCAS

**CAMPOS REINA**

*Tango rojo*

Edhasa.  
Barcelona, 1992.  
119 páginas.  
1.300 pesetas.

Tal vez el rasgo más notorio de los seis relatos que integran *Tango rojo*, de Campos Reina, es su aparente heterogeneidad y su profunda vocación unitaria.

Porque, en efecto, a privera vista en *Tango rojo* hay de todo: un precoz cantante, el niño Canela, que es vilmente explotado por un agente más bien rufinesco; un polvoriento y crédulo cincuentón que, no sin oponer una resistencia tan tenaz como virtuosa, acaba por ceder a sus inaplazables urgencias sexuales y es víctima por ello de un improbable castigo divino; un probo contable, de nombre don Lope, convertido en atracador por la fuerza de las circunstancias y la inspiración divina; un marqués extravagante, casi valleinclaniano, que prefiere arder con su palacio y sus mujeres antes que ceder a la entrada del progreso en su condado...

### Versátil

Pero ya he dicho que tal variedad, que no es meramente argumental, sino también técnica, está gobernada por un propósito unitario. En efecto: armado de una prosa de notable versatilidad, que parece buscar sus modelos en ciertos autores del *fin de siècle* (un Valle o un Villiers, digamos, con quienes las afinidades de este libro no son sólo estilísticas), Campos Reina ofrece una crónica sesgada y secreta, casi espectral, de una España negra que se prolonga desde unos años cuarenta "tatuados por Concha Piquer" hasta una borrosa actualidad de *mass media* y eficacia nipona. Con estos materiales Reina compone un cuadro de tonos sombríos —siempre recorrido, no obstante, por una saludable ironía que no excluye ni el sarcasmo ni la pura irrisión— donde sólo parece haber lugar para las víctimas: de la desamparación, de las propias convicciones, de una posguerra inclemente; más a menudo, de esa curiosa invención llamada progreso. Enfrentados a un entorno idéntico por hostil, los protagonistas de *Tango rojo* adoptan sin embargo actitudes distintas. Todos son desde luego incapaces de tolerar una realidad que han dejado de entender o que detestan, o que simplemente les exige renunciar a aquella parte de sí mismos sin la que tal vez ya no sabrían reconocerse.

La contraportada de *Tango rojo* declara que esta obra es la segunda entrega de los *Cuadernos surrealistas* que Campos Reina habría iniciado con *Santepar* (1988); es indudable que existe una cierta continuidad estética entre ambos libros, aunque desde luego tampoco es ajeno a ciertas zonas del primero el lujoso decadentismo de *Un desierto de seda* (1990). ¿Surrealismo? Tal vez, pero a condición de que quiera entenderse por ello una visión de España de algún modo emparentada con la que nos legaron Francisco de Goya, Valle, o Luis Buñuel, un lector a quien, por lo demás, probablemente no hubiera desagradado este libro.